



## LOS TRES EXPÓSITOS

POR

D. MARCIAL VALLADARES NÚÑEZ

---

### I

En una aldehuela del valle de Trasdeza á la izquierda del río Toja, no lejos del *Salto de agua*, ó catarata, que en la parroquia de San Martín de Pazos, ayuntamiento de Silleda, provincia de Pontevedra, forma dicho río antes de su confluencia con el Deza, vivían Simón y Margarita, su esposa; ésta, de segundas nupcias y ambos labradores tan honrados como pobres, pues no poseían más que una mala casucha y un pequeño huerto, propiedad de la Margarita, destinado ordinariamente á patatas y hortaliza, de que se alimentaban los pocos días en que, por falta de jornal, hacían lumbre en su vivienda y trabajaban aquél. En tan precaria situación y habiendo Margarita dado á luz un hijo, circunstancia que casi la imposibilitaba de aprovechar jornal, dijo cierta noche á su marido:

—Simón, tengo en las mientes un proyecto que no sé si aprobarás.

—Dilo y hablaremos.

—Con motivo de ese hijo que nos ha dado al cielo, poco ó nada puedo ayudarte en tu trabajo; pero, robusta como soy y con leche para criar dos niños, traigo, si te parece, uno de la inclusa, criámosle con el nuestro y de este modo lo que al jornal no gane lo ganaré lactando la criatura que saque de la inclusa.

—Buena es la idea, si con fuerzas te crees para llevarla á cabo.

—Créo y Dios ayudará.

—Entonces el día que dispongas iremos á Santiago tu y yo.

—Iré yo sola, Simón. No quiero pierdas tu días de jornal; iré yo sola, repito, y la vecina Leonisa dará de mamar á nuestro hijo y le cuidará durante mi breve ausencia.

—Hecho y manos á la obra.

En 11 de mayo de 1852, antes que el sol se dibujara en el horizonte y mientras en los montes las alondras y en los robledales, cuajados de tierna hoja, otras avecillas anunciaban placenteras la llegada del brillante astro, corrió á Santiago Margarita, en cuya ciudad hizo noche. Presentóse el 12 al Administrador del Hospital, manifestóle su deseo, á que accedió gustoso, y el 13 salió de Compostela, trayendo en brazos un niño, escogido en la tarde del día anterior y que se le entregó juntamente con una tarjeta de pergamino, atravesada por una cinta de balduque encarnado, pendiente de la faja de la criatura y en la tarjeta estas palabras: "Indalecio; n.º 209; nació en 9 de mayo de 1852.,"

Pernoctó en el camino y el 14 antes de mediodía llegó, tan alegre y lista, á su casita, que, acostando en humilde cuna al expósito, fué á buscar inmediatamente á su verdadero hijo Liborio y acostóle también al lado de Indalecio. Juntos los fué criando, juntos crecían rollizos y guapotes y juntos enredaban. A los siete años servían ya de algo á Margarita en sus domésticas faenas y, á los diez, juntos marchaban á la escuela; luego, á apacentar en los vecinos comunales montes hermosa cabra y una vaquita, recién compradas; y, mientras Margarita segaba un *arraso* ó cesta de yerba, en un pradito que en arrendamiento había tomado, para mejor alimentarlas, ellos arrancaban y traían hacecillos de leñosa erica para quemar de noche y calentarse. "Por manera que,

no tardando en parir la vaca un ternero y la cabra dos chivitos, los muchachos estaban muy contentos, había leche para almuerzos y meriendas y algo, además, se interesaba en la venta de quesos y bollos de manteca que Margarita hacía de la sobrante leche.

En verano, nuestros dos hermanos recogían bellotas de roble para el marranillo y en invierno y verano siempre descalcitos, mal arropados, saltando por entre tojos, zarzales y *codesos*, ó adenocarpos; temblando de frío, unas veces; cantando ó silbando, otras; mordiendo algún zoquetillo de negro pan; llenándose de zarzamoras la barriga y apañando para sus magostos, castañas al suelo desprendidas en los inmediatos sotos, ¡Cuántas y cuántos manojitos de leña, para esos magostos mismos, rebuscaban entre las peñas de los repechosos castañares próximos á *Salto de agua!* Aquella catarata, espectáculo sublime, imponente en los meses de mayores lluvias, cuando crecido va el Toja y sus lodosas aguas en enormes masas se precipitan allí con estampido horrrisono desde una altura de treinta metros, para correr luego mas sosegadas hacia *Puente-Sulago*; aquella catarata entonces, lejos de asustarlos, parecía como atraerlos con el dulce rumor de su descenso y la fresca de su plateado raudal que, desatándose, sin ruido apenas, de roca en roca y serpenteando tranquilo, parte por el lecho del propio Toja y parte por espacioso seguro cauce, fertilizaba, á medio de reguerillos, vecinos prados, en que lucían mil variadas flores y frondosos árboles, sobre cuyas ramas, si no oían, habían oído más de una vez en primavera cantar la tórtola, el mirlo, el oriol y otros pajarillos.

Mozotes ya, hacían sombreros de paja de alcacér, cestos de varillas de mimbre, ó sauce, y *carózas* ó capas de seco machacado junco; todo para vender en las ferias de los contornos y proporcionarse dinerito que empleaban en prendas de vestir. Mas tarde, se dedicaron al oficio de panaderos, ó traficantes de pan.

Pero, en 1873, Indalecio vióse alistado y sorteado como mozo de veintiún años para el servicio militar: número bajo le dió el sortéo y entonces sus adoptivos padres trataron de excepcionar y excepcionaron lo que más conveniente les pareció, á fin de libertarle y no verle partir para la guerra. Vendieron, al intento, la vaquita con su cría; mas nada consiguieron: Indalecio fué declarado definitivamente soldado ante la comisión de la Diputación provincial de Pontevedra

y conducido al cuartel entre gritos y lloros de sus adoptivos padres; gritos y lloros que despedazaban el corazón, si quiera de ellos se rieran el sargento conductor y otros mozos, quintos también de aquel reemplazo.

Llegado que hubieron al cuartel y recobrados algún tanto de su dolor Simón y Margarita, rogaron al comandante de la caja tuviera á bien permitir que Indalecio los acompañara á tomar algo, ó comer de mediodía en un figón cercano y recibir de sus adoptivos padres el abrazo de despedida. Permittedlo con gusto el comandante y juntos tomaron ligera refacción, después de la cual echó Margarita al cuello de su adoptivo hijo un escapulario nuevo del Carmen que á prevención había traído y díjole:

—Toma, hijo mío, este recuerdo de mi cariño; llévale siempre sobre tu corazón y él te defienda y libre de todo mal y de todo peligro.

Luego le dió un abrazo y, acercándose Simón con lágrimas en los ojos, dióle también otro y cinco duros, además, último resto del importe de la vaca y su ternero.

Liborio quedaba en cama enfermo é Indalecio, al despedirse allí de él la víspera de partir entre besos y tiernas muestras de cariño, había recibido ya igualmente del primero cuanto su generosidad estimó oportuno y fueron veinte reales que el segundo no quería admitir y admitió á la fuerza.

Hijo y padres volvieron á abrazarse y, tristes todos más que oscura noche, se separaron; Indalecio, marchando hacia el cuartel; Simón y Margarita, en dirección á su casucha.

Dejemos á estos caminando y sigamos los pasos de Indalecio en el ejército.

(Continuará.)

